

Abriendo corazones

NARRADORA: ELAINA VERVEER

MIENTRAS LA MAYORÍA DE LOS ANCIANOS DE SETENTA Y nueve años se han acogido a la jubilación, Louise Jackson está demasiado ocupada para ni siquiera pensar en acortar el paso. Con cuatro hijos, siete nietos y setenta y siete tataranietos, dedica su tiempo a ocuparse de los niños abandonados en la capital de la nación. No espere que ella se detenga próximamente; en su opinión, su trabajo apenas acaba de empezar.

En realidad, comenzó cuando ella tenía aproximadamente ocho años de edad. Louise acompañaba a su bisabuela, una comadrona que asistía partos de mujeres pobres. Con frecuencia le daban la responsabilidad de acunar a los recién nacidos, por lo que ella aprendió a atender a los pequeñitos desde temprana edad. A lo largo de los años, dejó instintivamente que este cuidado llegara a ser una parte importante de su vida.

En la actualidad, como voluntaria del Programa de Abuelos Adoptivos del Distrito de Columbia, Louise trabaja con familias afectadas por el abuso infantil. Enseña a los adultos destrezas de la paternidad y los ayuda a encontrar empleo. Pero el mayor don de Louise es su amor por los niños. «Cada niño merece ser amado — dice —. Si me encuentro con niños cuyas lágrimas las causa el abandono, los ayudo a abrir sus corazones para que puedan amar otra vez».

En 1985, Louise hizo precisamente eso por una pareja de mellizos, Phyllis y Phillip, y su madre soltera. En su pri-

mer encuentro, Louise advirtió los ojos ensangrentados y las venas ennegrecidas de la madre. Vio los miembros vendados de los niños y sus caritas llorosas. Percibiendo la magnitud del reto a que debía enfrentarse, Louise dedicó los próximos meses a ayudar a esa atribulada familia.

Le dio a la madre lecciones de cocina y asesoría sobre adiestramiento laboral. Pero la joven mujer, abrumada por su vida difícil, siguió poniendo su adicción a las drogas por encima de las necesidades de los niños. Louise se sentía indignada por haber encontrado a los bebés solos y hambrientos varias noches cada semana. Sabía que sus pañales sin cambiar y sus estómagos vacíos eran señales de un problema mucho más grave. Cuando su madre fue encarcelada por posesión de drogas y abuso infantil, los mellizos se quedaron sin nadie que cuidara de ellos.

Louise sufría cada vez que veía a niños que arrojaban al azar en hogares adoptivos. «¿No habían sufrido ya bastante estas dos criaturas?». En lugar de permanecer ociosa, ella dio el salto de la fe. Louise sabía que lo que los mellizos necesitaban más que nada era una madre. Aunque en ese momento ella tenía 70 años, aceptó la sugerencia del juez de adoptarlos oficialmente. «Sentí dentro de mi alma que ellos me habían sido destinados —dice—. Desde el principio, los quise como si fueran míos».

Fue su singular amor por estos niños lo que ayudó a Louise a pasar por el difícil y lento proceso de adopción: su amor y la memoria de como ella había descubierto a los mellizos: metidos en una cunita y con las caras rojas de las horas que llevaban llorando. Gracias a la valiente dedicación de Louise, los síntomas del abandono ya han desaparecido y los niños se desarrollan bien.

Hoy día, Phyllis y Phillip están felices y saludable-

mente insertos en los rituales de una niñez normal. Cuando no están estudiando Ortografía o sacándose una «A» en Aritmética, se les puede encontrar jugando fútbol en el jardín, cantando en el coro de la iglesia, o imaginando sus futuros: la niña como bailarina y el varón como agente de la policía. Ellos también demuestran lo mucho que se quieren abrazándose, dándose la mano y chocándose alegremente las palmas.

Louise está decidida a brindarles a Phyllis y Phillip una sólida formación y un futuro esperanzador. Dedicada activamente a la educación de sus hijos, se asoma por encima de los niños mientras leen sus libros de cuarto grado. «Ayuda a los niños con sus tareas y les aconseja sobre su futuro —dice Constance Todd, directora del Programa de Abuelos Adoptivos—. Los recoge en la escuela y hace todo lo que una madre haría por sus hijos». Pero Louise es más que una madre. Pese a los muchos años que lleva ejerciendo la maternidad, todavía se acuerda de cómo era ser un niño. Eso la convierte en una amiga.

¿Qué espera Louise a cambio de todo lo que ha hecho? «Ver a mis angelitos subir al estrado y recibir sus diplomas —dice—. Eso significaría que hice mi tarea. Después de todo, ¿qué más podría desear una madre?». Imagine lo que habría sido de los mellizos si Louise hubiera creído que era demasiado vieja para darles la oportunidad de un cambio. Al contrario, mientras ella viva, estará dando el mayor don que cualquiera puede dar: el don del amor.

*Puede que no sea la noticia del día
el que un abuelo adoptivo tome de la mano a un niño
que nunca ha tenido a nadie que le tienda una mano, excepto con
violencia.*

*Puede que no sea el tema de que la gente escriba,
cuando las personas mayores comprenden que ellos también tienen
algo que seguir dando,
pero incontables norteamericanos se benefician de sus acciones
todos los días.*

HILLARY RODHAM CLINTON

Si usted tiene más de 60 años y ama a los niños, llame al Programa de Abuelos Adoptivos (**Foster Grandparent Program**) al 800-424-8867 para que le informen de la oficina que le quede más cerca. Únase a los 24.000 estadounidenses mayores de 60 años que ayudan a 80.000 niños en escuelas, hospitales, instituciones, programas de aceleración y guarderías infantiles a través de los Senior Corps.